

LIBROS

FESTIVAL DEL LIBRO DE NIZA

«Cien años de soledad», ¿Plagio de Balzac?, pregunta M. A. Asturias

NIZA.—Desde hace tres años, todos los veranos, durante seis días, se reúnen en Niza editores, libreros y escritores de todo el mundo en un festival que quiere emular y distinguirse de la famosa Feria de Francfort. La diferencia consiste en que Niza no se reduce a una cita de hombres de negocios que venden libros como podrían vender salchichas; en la capital de la Costa Azul, además de eso, se celebran coloquios sobre —este año— el porvenir del libro ante los ataques de los medios audiovisuales, el centenario de Proust, la actualidad de Julio Verne, la poesía infantil y muchos otros. De estos sesudos asuntos pensaba escribir hasta que el Jurado internacional de la feria concedió el Gran Aguila de Oro al americano Edmund Wilson y hasta encontrarme en uno de los «stands» de la feria a Miguel Angel Asturias —miembro del Jurado—, Premio Nobel, ex embajador. Los lectores salen ganando...

—Miguel Angel Asturias, ¿cómo eligieron a Wilson para el Gran Premio?

—El Jurado del premio del Gran Aguila de Oro estuvo reunido durante tres días seguidos discutiendo sobre los candidatos que se habían presentado y analizando bien, porque no se trataba de dar un premio a un libro, sino a una obra que respondiera a la inquietud humana del presente. Después de examinar los nombres propuestos, se decidió que era Wilson el que más respondía a estos requisitos: es crítico en varios periódicos; escritor y periodista sobre asuntos del momento, con una gran visión, había publicado dos o tres novelas, una de ellas defendiendo a los indios perseguidos en Norteamérica, defendiendo a los negros. Es decir, la posición en que estaba era muy bue-

na, y esto indujo al Jurado a otorgarle, por unanimidad, el Gran Premio del Aguila de Oro, que lleva la coqueta suma de treinta mil francos nuevos. Yo no conozco de él más que un libro y algunos artículos, pero me complace que haya sido así, porque esto nos demuestra que los premios no deben darse a un libro, no deben darse a un resultado literario inmediato, sino que deben darse, como en este caso, a la obra de un hombre que ha dedicado su vida a los problemas humanos.

—Dice usted que fue por unanimidad. Pero tengo entendido que entre los nombres que se barajaban figuraban algunos latinoamericanos, como Cortázar, García Márquez. Quizá hayan sido propuestos por usted...

—No; el único que figuró de la literatura latinoamericana fue García Márquez. Había sido propuesto por Roger



Miguel Angel Asturias.

Caillois y también por Italo Calvino. También hubo otros candidatos, como el turco Kemal, que fue el que más cerca estuvo del premio. Es un novelista poco conocido, pero es muy importante como novelista por su vida misma —es un gigantón enorme al que le falta un ojo, que cuando no está preso está peleando en las cosas del pueblo en Turquía—, y sus libros son un verdadero deslumbramiento, porque vivía en la montaña, no sabía escribir, sino que aprendió a escribir de mayor, y todo lo que dice es muy nuevo. Hay una novela en la que un chico baja —era el caso de él— de la montaña a la ciudad y la mayor sorpresa en la ciudad para él son los vidrios y los espejos. Tiene capítulos bellísimos.

—Recuerdo que hace cuatro años, en Estocolmo, cuando le entregaron el Premio Nobel, me dijo que pensaba proponer a Rulfo o a García Márquez para el Premio No-

bel del año siguiente. Quisiera saber si a cuatro años de distancia su opinión ha cambiado sobre estos escritores, si cree que este género de literatura ha sido superada ya en Latinoamérica.

—Yo lo que creo es que Juan Rulfo es esencialmente, para mí, uno de los grandes escritores de Latinoamérica; lástima que tenga sólo dos libros, «El llano en llamas» y «Pedro Páramo». Pero después de «Pedro Páramo» ya no necesita escribir más. En cuanto a «Cien años de soledad» ha ocurrido que últimamente se han hecho denuncias sobre la semejanza entre «Cien años de soledad» y «La recherche de l'absolu», de Balzac. Quiere decir que estas semejanzas que han sido ya denunciadas en América y también en el coloquio que hubo en Berlín el año pasado se habló del asunto, esto me hace pensar que va a haber que estudiar y reestudiar de nuevo, y yo creo que sería interesante que un crítico tomara los dos libros con un juicio objetivo y estableciera hasta dónde García Márquez copió a Balzac. Porque, según me han dicho, no se trata de una inspiración; uno puede inspirarse en un texto distinto. Pero, en este caso, parece ser que hay un paralelo enorme entre los dos personajes de la novela de Balzac y la de García Márquez. La trama es la misma: buscan el oro, buscan la piedra filosofal, las mujeres sufren los mismos abandonos, ambos se arruinan en la búsqueda de estos metales y hay, pues, una serie de semejanzas que hacen pensar que se trata de... casi de un plagio.

—Va usted a emprender un viaje a España. Quisiera saber si tiene algún proyecto allí.

—Se va a publicar un número especial de la revista de Camilo José Cela y tengo que conversar con él, pues él hace una especie de prólogo. A mí me interesa mucho que los españoles tengan conocimientos de los problemas latinoamericanos o hispanoamericanos. Por eso me alegra mucho saber que «El Papa verde» se está vendiendo muy bien en la edición que ha hecho Salvat. ■ RAMON LUIS CHAO.

La poesía de Claudio Rodríguez

La reciente edición del volumen «Poesía 1953-1966» (1) cuenta, por varias razones, en-

(1) Selección de poesía española. Plaza & Janés, Barcelona, 1971.

tre las más destacadas publicaciones poéticas del año en curso. De los tres libros reunidos en el presente volumen, dos —«Don de la ebriedad» y «Conjuros»— estaban agotados desde hace por lo menos diez años; apenas existían, pues, para los lectores más jóvenes, y para los que en su día tuvieron acceso a ellos habían pasado ya desde hacía tiempo al limbo un tanto borroso de los recuerdos. Requerían, en suma, una relectura. Por otro lado, la obra de Claudio Rodríguez ha sido abundante, pero fragmentada y unilateralmente reproducida en antologías en el curso de estos años. Con frecuencia, al hilo de los poemas más conocidos, los lectores han podido formarse una imagen parcial del poeta. Por otro lado, la ausencia de nuevas ediciones ha hecho imposible un replanteamiento, una lectura adecuada de unos libros ciertamente de difícil encasillamiento, que se resisten a un examen rápido o superficial. En suma: de joven promesa, Claudio Rodríguez pasó en unos años a la condición de poeta casi fantasma —salvo, claro es, en su libro más reciente, «Alianza y condena»— y, con frecuencia, las apariencias han favorecido su

bro es que en ellos las imágenes y el léxico de la vida campesina cuentan únicamente como punto de partida para lo que Bousño denomina alegoría disémica. En otras y forzosamente esquematizadoras palabras: los poemas de estos libros son propiamente alegóricos, es decir, no tratan de lo que en un primer nivel de lectura parecen tratar; son, en suma, poemas de doble fondo.

El estudio de Bousño, muy claro y penetrante, deja, creo que voluntariamente, de lado dos cuestiones a mi modo de ver esenciales: el hiato o ruptura que separa a «Don de la ebriedad» de los dos libros siguientes, por una parte, y, por otra, el éxito estético de éstos, al margen de sus cualidades de estilo. En efecto, Bousño limita propiamente el campo de su estudio a «Conjuros» y «Alianza y condena», libros distintos entre sí, qué duda cabe, pero más distintos aún de «Don de la ebriedad». Ciertamente, éste es el más difícil de los títulos de Claudio Rodríguez, y rompe el esquema de la «alegoría disémica» que valdrá para la ulterior producción del poeta. En «Don de la ebriedad», Claudio Rodríguez lleva a cabo, a mi modo de ver, un in-



Claudio Rodríguez.

mitificación —positiva o negativa— en una figura de poeta rural, mesetario, que bien poco tiene que ver con su real quehacer poético. En este sentido, el prólogo de Carlos Bousño, que precede al volumen «Poesía 1953-1966», constituye una de las piezas críticas más esclarecedoras —y una de las pocas sensatas— que se han escrito acerca de nuestro poeta. Principalmente, Bousño disipa de una vez por todas el equívoco de reducir a Claudio Rodríguez a la precaria condición de poeta rural acogiéndose a la mera literalidad de «Conjuros» y «Alianza y condena». Lo esencial de estos dos li-

tento, poco frecuente en verdad en la moderna literatura castellana (aunque nada ajeno, desde Fray Luis y San Juan de la Cruz, a su tradición), de poesía de raíz metafísica en un lenguaje arrebatado y yo diría que panteísta, que se sirve abundantemente de un variadísimo léxico castellano (Claudio Rodríguez es de Zamora y ha tenido sin duda acceso a un habla popular y campesina de una riqueza y expresividad muy superior al enardecido y codificado lenguaje neutro de los centros urbanos). El poeta es aquí el portavoz de las fuerzas de la Naturaleza, siente en sí el peso y el crepitar